



Virtud y libre desarrollo de la personalidad en John Stuart Mill

Virtue and free personality development in John Stuart Mill

Carlos Alberto Jaramillo Rojas* 

<https://orcid.org/0000-0002-7508-3125>

Resumen

El presente documento pone de relieve que el pensador liberal John Stuart Mill tiene una visión teleológica de la existencia en función de la cual concibe la libertad como la condición de posibilidad para el desarrollo de una personalidad virtuosa. No existe, en su concepción de la naturaleza humana, un vacío moral, sino, por el contrario, un compromiso con la virtud como la manifestación más alta de la libertad.

Palabras clave: Desarrollo de la personalidad, libertad individual, ideal de buena vida, virtud, felicidad, perfeccionismo liberal.

Virtue and free personality development in John Stuart Mill.

* Universidad Libre de Cali.

Cali, Colombia

✉ carlosjaro@hotmail.com

Cita este capítulo

Jaramillo Rojas, C., (2020). Virtud y libre desarrollo de la personalidad en John Stuart Mill. En: Muñoz Joven, L.; Rodrigo Herrera, J.; Ospina Nieto, Y. & Jaramillo Rojas, C. (ed.). *La eticidad y la moralidad en la vida cotidiana* (pp. 93-113). Cali, Colombia: Editorial Santiago de Cali.

Abstract

This article highlights that the liberal thinker John Stuart Mill has a teleological view of the existence on which he conceives freedom as the condition of possibility for the development of a virtuous personality. In his conception of human nature, there is no moral vacuum, but rather a commitment to virtue as the highest manifestation of freedom.

Keywords: Personality development, individual freedom, ideal of the good life, virtue, happiness, liberal perfectionism.

Introducción

En el pensamiento filosófico occidental se ha tenido a Stuart Mill como defensor a ultranza de la libertad individual, contra el acecho de las mayorías y los poderes totalitarios; sin embargo, la interpretación que de él se ha hecho como un representante de la concepción negativa de la libertad no es coherente con los planteamientos que él tiene con relación al hombre⁴⁴, el cual es concebido como un “ser progresivo”; subyace, en su argumentación, una forma de concebirlo para la que se requiere otro concepto de libertad (distinta a la libertad negativa o “libertad de” ...) que dé lugar al desarrollo de la personalidad o fundamente la razón por la cual el hombre que él defiende sea un ser virtuoso, esto es, original, crítico, con un carácter excepcional, etc. Ese concepto tiene que ver con su concepción de la naturaleza humana, con su ideal del hombre al que se refiere en su texto *Sobre la libertad* (Mill, 1979) donde explícitamente afirma:

Considero la utilidad como la suprema apelación en las cuestiones éticas,

⁴⁴ Mill suscribe, a lo largo del “Utilitarismo”, de su “Autobiografía”, de su texto “Sobre la libertad” y de “Un sistema de lógica”, un ideal de vida buena que riñe con la filiación, que de su pensamiento con respecto a la libertad negativa, en general de él se ha hecho.

pero la utilidad, en su más amplio sentido, fundada en los intereses permanentes del hombre como un ser progresivo (p. 67).

Afirmación que choca con la libertad irrestricta que la opinión corriente le adscribe al espacio en el que Mill dice que el hombre es “soberano” y, del cual se infiere que el individuo puede hacer de su vida lo que quiera (no necesariamente desarrollar su personalidad), por corresponder a una dimensión de su libertad que sólo atañe al individuo y que se piensa al margen de los otros como si esa esfera de la libertad pudiese separarse de su contacto con el mundo. Mill defiende al individuo de la sociedad, y se preocupa en igual medida por una humanidad que no es cualquier humanidad, sino un conjunto de hombres excelentes.

Sostiene Mill que los hombres no pueden desarrollarse y llegar a ser completamente humanos a menos de hallarse libres de interferencias por parte de otros hombres en un área mínima de su vida que él considera inviolable. Proclama la libertad de pensamiento y de expresión por considerarlas fundamentales para el beneficio de la sociedad, reducirlas al silencio sería retardar el progreso individual y social del hombre. Sólo desde la libre discusión puede el hombre trascender sus propios límites internos y ser el hombre original y crítico que por el carácter particular de su naturaleza está llamado a ser. Detrás de esta idea subyace en Stuart Mill la idea de progreso, que se expresa en la naturaleza humana cuando el individuo se encuentra en condiciones de plena libertad, es decir, cuando no se encuentra entre cadenas, pero esta idea se expresa, aún más, cuando el hombre puede por sí mismo decidir el rumbo de su propia vida. Por esta razón aboga por la libertad de conciencia y de expresión porque a través de ellas se puede desarrollar la fuerza del carácter frente a la cual se oponen la costumbre y la mayoría, enemigos furibundos, según Mill (1984), de la condición humana:

Los seres humanos poseen facultades más elevadas que los apetitos animales, y una vez que son conscientes de su existencia no consideran como felicidad nada que no incluya la gratificación de aquellas facultades. (...) ahora bien, es un hecho incuestionable que quienes tienen un conocimiento igual y una capacidad igual de apreciar y gozar, dan una marcada preferencia al modo de existencia que emplea sus facultades superiores. Pocas criaturas humanas consentirían que se las convirtiera en alguno de los animales inferiores, a cambio de un goce total de todos los placeres bestiales; ningún ser humano inteligente consentiría en ser un loco, ninguna persona instruida en ser ignorante, ninguna persona con sentimiento y conciencia en ser egoísta e infame; ni siquiera se les podría persuadir de que el loco, el estúpido o el bellaco están más satisfechos con su suerte que ellos con la suya (p. 47).

En este sentido, Mill pretende que el hombre con el ejercicio de su libertad no solamente no perjudique a los demás, sino que el hombre, en el ejercicio de la misma, desarrolle sus más altas potencialidades (recordemos que Mill (1979) aboga por el desarrollo de la individualidad y en desarrollo de la misma hace de sí un sujeto de su propia creación).

No sólo es importante lo que los hombres hacen, sino también la clase de hombres que lo hacen. Entre las obras del hombre, en cuyo perfeccionamiento y embellecimiento se emplea legítimamente la vida humana, la primera en importancia es, seguramente, el hombre mismo. Suponiendo que fuera posible construir casas, hacer crecer el trigo, ganar batallas, defender causas y hasta erigir templos y decir oraciones mecánicamente –por autómatas en forma humana– sería una pérdida considerable cambiar por estos autómatas los mismos hombres y mujeres que habitan las partes más civilizadas del mundo y que seguramente son tipos depauperados de lo que la naturaleza puede producir y producirá algún día. La naturaleza humana no es una máquina que se construye según un modelo y dispuesta a hacer exactamente el trabajo que se le ha

prescrito, sino un árbol que necesita crecer y desarrollarse por todos lados, según las tendencias de sus fuerzas interiores, que hacen de él una cosa viva (pp. 129-130).

En Mill coexiste, además de la libertad negativa, un ideal de vida buena que trasciende la esfera de esta libertad y que marca, por no decir que condiciona el desarrollo de la persona humana. Este ideal de vida buena no gira como en Hobbes, en torno al hombre entendido como pasión y a la vida como un cuerpo en constante movimiento sin un telos específico en su naturaleza. En Mill (1984), su concepto de naturaleza sólo posee una dimensión: la de su despliegue en la que es posible alcanzar el grado más alto de humanización, por eso, en Mill no hace parte de su concepto de felicidad ni de desarrollo personal cualquier tipo goce.

Es del todo compatible con el principio de utilidad el reconocer el hecho de que algunos tipos de placer son más deseables y más valiosos que otros. Sería absurdo que mientras que al examinar todas las demás cosas se tiene en cuenta la calidad además de la cantidad, la estimación de los placeres se supusiese que dependía tan sólo de la cantidad (p. 48).

Para él, el desarrollo de la personalidad y por consiguiente la felicidad están ligados a una concepción moral del hombre, a un telos que enruta su libertad y, sobre todo, sus deberes para la sociedad y para consigo mismo. La teleología *milliana* apunta a una dirección específica, cual es el desarrollo de una personalidad integralmente formada (intelectual y sensitivamente) para cumplir así con el sentido que potencialmente está inscrito en su naturaleza, esto es, como un ser llamado al desarrollo más alto de su personalidad y, en este sentido, a realizar el sentido último de la vida: un ser virtuoso.

Virtud y libre desarrollo de la personalidad en John Stuart Mill.

Esta es la hipótesis de trabajo, en función de la cual se articula la argumentación del presente escrito, para tal efecto se harán los esclarecimientos necesarios, se pondrán de presente algunos de los conceptos desarrollados en el texto *Sobre la libertad* y en el texto *El utilitarismo* escritos por John Stuart Mill y se comparará su concepción antropológica del hombre con algunas particularidades establecidas al respecto por Jeremías Bentham y tangencialmente con autores como Epicuro y Hobbes que sirven de contraste para poner en evidencia lo que con la hipótesis de trabajo se pretende demostrar.

El papel de la virtud en el pensamiento de John Stuart Mill

El concepto de libre desarrollo de la personalidad en John Stuart Mill se relaciona con una forma de concebir la vida buena (su concepción del progreso individual y social del ser humano, por sus facultades intelectuales, de placeres superiores conectados con el desarrollo de las capacidades humanas o “facultades superiores”), no hace referencia exclusivamente a la ausencia de obstáculos externos, como el río de Hobbes que corre libremente por su cauce sin que nada se interponga en su camino (la metáfora del río es que nada obstaculiza el libre curso de sus aguas, o que en la libertad negativa el hombre es totalmente soberano en tanto no ponga en peligro el derecho de los demás), tampoco se relaciona con la consideración que tiene Bentham de la felicidad:

Pero al interrogarnos sobre aquello que Mill entendía por placer o felicidad, la respuesta se halla lejos de ser clara. Sea lo que sea la felicidad para Mill no es lo mismo que para Bentham. El concepto de naturaleza humana de Bentham es a su juicio, demasiado estrecho y por tanto inadecuado; Bentham no tiene, considera Mill, comprensión imaginativa de la historia, la sociedad o la psicología individual; tampoco acaba de captar qué es lo que hace –o debe hacer– permanecer unida a la sociedad: ideales comunes,

lealtades, carácter nacional; no entiende de honor, dignidad, culto de sí mismo, de amor a la belleza, orden, poder, acción; solamente comprende el aspecto “negocio de la vida” (Berlin, 1988, p. 290).

El concepto de hombre que logra construir es gracias a la famosa crisis espiritual de 1826 en la que puso en tela de juicio el concepto de felicidad heredado por Bentham y frente al cual Mill se le ocurrió preguntarse a sí mismo ¿Si suponiendo que todas las metas en la vida se hubiesen realizado y que todas las transformaciones que se persiguen en las instituciones y en las opiniones pudieran efectuarse en un sólo instante, sería éste motivo para ser plenamente feliz? y su conciencia, sin poder reprimirse, le contestó categóricamente que ¡no! (Berlin, 1988, p. 141). O como dice Isaiah Berlin:

Con horror tuvo que reconocer que no. ¿Cuál era, pues, el verdadero fin de la vida? Siguió a Bentham en su lucha contra el dogmatismo, el trascendentalismo y el oscurantismo contra todo lo que se opusiera a la marcha de la razón, del análisis y de la ciencia empírica. Toda su vida se mantuvo fiel a estas creencias. Sin embargo, su concepción de hombre, y por lo tanto, de otras muchas cosas sufrió un gran cambio (Berlin, 1988, p. 285).

Este cambio le generó a Mill la idea de que lo que contribuía a la felicidad no era sólo la racionalidad, sino también la excepcionalidad del carácter, la diversidad, la plenitud de la vida, la chispa indescriptible del genio individual, la espontaneidad y singularidad de un hombre, un grupo o una civilización (p. 287) (es decir, el desarrollo de la personalidad).

Para él, el hombre se diferencia de los animales no tanto por ser poseedor de entendimiento o inventor de instrumentos, métodos, como por tener capacidad de elección; por elegir y no ser elegido; por ser jinete y no cabalgadura; por ser buscador de fines, fines que cada uno persigue a su manera, y no únicamente medios. Con el corolario de que cuanto más variadas sean estas formas, más ricas serán las vidas de estos hombres;

cuanto más amplio sea el campo de intersección entre los individuos tanto mayores serán las oportunidades de cosas nuevas e inesperadas; cuanto más numerosas sean las posibilidades de alterar su propio carácter hacia una dirección nueva o inexplorada tanto mayor será el número de caminos que se abrirán ante cada individuo y tanto más amplia será su libertad de acción y de pensamiento (p. 287).

Como se puede fácilmente apreciar, John Stuart Mill no parte de un vacío moral en su consideración de la naturaleza humana, el hombre que concibe apunta a la consolidación de un fin específico: el desarrollo personal, entendido como autorrealización de lo que yace en el hombre como potencialidad y, frente a lo cual la virtud (Mill, 1987) guarda su más elevada importancia hasta el punto de que lo útil y lo virtuoso serán los dos ejes en torno de los cuales Mill (1984) concibe su idea de felicidad y su idea de “libre desarrollo de la personalidad”:

La felicidad no es una idea abstracta, sino un todo concreto y éstas son algunas de sus partes. El criterio utilitarista sanciona y aprueba que así sea. La vida sería algo muy pobre, muy mal provista de fuentes de felicidad, a falta de esta disposición de la naturaleza mediante la cual cosas que en principio eran indiferentes, pero que conducían a, o estaban asociadas en algún otro sentido con la satisfacción de nuestros deseos primitivos, se convierten ellas mismas en fuentes de placer más valiosas que los placeres primitivos, tanto por lo que a su permanencia se refiere en el espacio de la existencia humana que son capaces de abarcar, como a su intensidad. La virtud, de acuerdo con la concepción utilitarista, es un bien de este tipo. No existe un deseo originario de ella o motivo para ella, salvo su producción de placer y, especialmente, su protección de dolor. Pero mediante la asociación que se forma puede ser considerada como buena en sí misma y deseada en este sentido con tanta intensidad como cualquier otro bien (p. 94).

Detrás de esta consideración existe en Mill la idea de que la felicidad está asociada al logro de una vida buena en la que el placer y el desarrollo de la personalidad tendrán una estrecha relación con la virtud (Mill, 1984, p. 47), el placer no es el placer de los intemperantes sino un placer que se deriva de la acertada conducción de la existencia, acorde con el telos que del desarrollo individual ha hecho Mill como desarrollo de la libertad (Mill, 1979).

Mill tiene un concepto de dignidad humana que se alcanza con la autenticidad, con la fuerza del carácter, con el desarrollo de las potencias intelectuales. Su concepción de la naturaleza humana no le permite el uso irrestricto de la libertad, pues su principal preocupación es producir seres virtuosos, excelentes, ilustrados, con capacidad de autodeterminación y con sentido de su propio valor. No sólo está interesado en una sociedad justa, sino en la calidad de hombres que la sociedad puede producir, afirma que no sólo es importante lo que los hombres hacen, sino también la clase de hombres que lo hacen. Plantea que entre las obras del hombre en cuyo perfeccionamiento y embellecimiento se emplea legítimamente la vida humana, la primera en importancia es seguramente el hombre mismo. El hombre es concebido por Stuart Mill como una obra de arte, y su misión sobre la tierra, es hacer de sí mismo lo mejor.

De donde se infiere que la mejor vida que puede vivir el hombre es aquella donde el desarrollo de su individualidad creadora puede llegar a su más alto nivel de expresión, por consiguiente, no cualquier camino puede ser utilizado para la realización del ser del hombre.

El criterio primordial de medición de los placeres es su calidad, sólo por su calidad es estimable su cantidad. Este criterio se agudiza por la capacidad particular de cada hombre para concebir el placer, entre más refinada sea la capacidad perceptiva del hombre mayor será la magnitud desde la cual las cosas son percibidas, un hombre culto tiene acceso mayor acceso a una

calidad de placer que un hombre no formado, de tal suerte que los hábitos de auto observación y de reflexión cuentan en el momento de apreciar la felicidad así como la cantidad de capacidades superiores desarrolladas, de este modo las acciones meditadas y medidas son las que mejor contribuyen al fin último del hombre (p. 54).

Sostengo que Mill se opone a identificar felicidad exclusivamente con placer precisamente, porque su visión teleológica del hombre no se lo permite. Para Mill como para “Aristóteles el placer es una actividad concomitante de la acción y los placeres serán aquellos que acompañan a la actividad más perfecta” (Guariglia, 1968, p. 7). La actividad más perfecta será aquella en la que el individuo desarrolle de la forma más versátil el conjunto de sus capacidades intelectuales y, por consiguiente, encuentre en su desarrollo el nivel más alto de felicidad. El fin último de la acción humana en Mill es el placer, pero un placer cuyo refinamiento intelectual eleva al hombre ante sus propios ojos hasta el punto de hacerlo digno de ser llamado humano.

Mill considera errónea la teoría psicológica de Bentham, en la medida que éste niega un área amplia de la existencia humana: el hombre posee un potencial de cultivación que Bentham no reconoce.

Con relación a la diferencia entre Mill y Bentham, la profesora Diana Patricia Quintero (2003) ha logrado extraer las siguientes diferencias: Para Bentham la justicia como idea y sentimiento no eran más que el producto de la legalidad y la utilidad. Mill intentó resolver de mejor manera la cuestión: aunque se pueda aceptar que la concepción más primitiva de justicia haya sido la conformidad con la ley, o al menos, con lo que debería ser la ley, no es posible desconocer una cierta evolución del concepto. Después de mirar lo que la justicia no es –tarea más sensata, según su parecer– el autor señala en su capítulo V *Del utilitarismo* que la justicia es algo que los demás pueden demandar de nosotros como su derecho moral. En cambio, nadie tiene un derecho moral a nuestra generosidad o

beneficencia, porque la obligación de practicar esas virtudes no se tiene con respecto a un individuo determinado. Para Bentham la antipatía y la simpatía no eran sentimientos que un utilitario debiera considerar. Mill percibió de manera distinta la cuestión, acercándose un poco más a la formulación de Adam Smith. El sentimiento de justicia, distinto a la idea de justicia, es el deseo animal de rechazar lo que daña a aquellos con quienes nos une la solidaridad o el sentimiento de simpatía. El sentimiento de justicia es un principio natural y no moral, pero el sentimiento social lo corrige, permitiendo al individuo sentir como un mal aquello que la sociedad percibe como reprochable, aunque no lo afecte directamente a él. Esta corrección social lleva así del egoísmo al sentimiento contrario.

Mill agrega la individualidad, la tolerancia, la elección, la originalidad, la espontaneidad y la libertad como valores sociales esenciales. Mill, como Bentham, reconoce que el egoísmo y el propio placer son factores de la conducta humana, no los niega como necesarios, pero a través del proceso educativo se puede esperar que se aprecien otros valores y que se aprenda la conexión entre el propio placer y el de los demás (Hadibi, 1998, p. 110).

El concepto de naturaleza humana de que parte Mill modifica el sentido en el que equivocadamente se ha entendido el concepto de utilitarismo (Mill, 1987, p. 140), la concepción de naturaleza humana en él recoge algunos postulados de Epicuro, quien considera que los placeres del intelecto, de los sentimientos y de la imaginación tienen un valor mucho más alto en cuanto a placeres, que los de la mera sensación (p. 140). Esta consideración lo llevó a distanciarse de su maestro Bentham, quien parte de un egoísmo psicológico en el que predomina más la cantidad de placer que la calidad.

Mill, seguidor de Epicuro, privilegiará la calidad por encima de la cantidad y manifestará que los únicos bienes deseables por sí mismos son la felicidad y la virtud y que la mayor prueba de que algo sea deseable es que realmente se desee; este pasaje de lo deseado a lo deseable ha sido motivo de muchas

críticas, pero Mill no anduvo del todo desencaminado al buscar algún tipo de puente entre lo deseado y lo deseable. La felicidad deseable no es sino la felicidad deseada por los individuos autónomos, libres y desarrollados, que Mill toma como modelo de tal naturaleza humana educada y madura (Guisán, 1992, p. 492). La felicidad deseable, la que cualquier hombre desea, es lo que moralmente los hombres más desarrollados desean (Palas, 2009, p. 39), esos hombres desarrollados representan lo que el hombre debe querer de acuerdo al desarrollo moral de su naturaleza interna (p. 54). El “debe”, en Mill, está contenido en el “es”. “No existen hiatos, fronteras, muros infranqueables para transitar del mundo de los hechos al mundo de los valores, ya que los propios valores son valiosos precisamente en atención a que cumplen desideratas humanos” (Mill, 1984, p. 14).

Según la profesora Carolina Palas, la exposición de la virtud en Mill la podemos centrar en dos puntos: “Cómo se adquiere y qué función social y personal tiene. Ambos aspectos están entrelazados, pues la adquisición de la virtud requiere una búsqueda desinteresada de ella y, al mismo tiempo, exige que se la asocie al placer, lo cual hace que se convierta en fin último de la acción personal y social y, simultáneamente, que sea el medio más eficaz para lograr la felicidad propia y la social. De este modo, la virtud se constituye en Mill como el instrumento útil para aunar los intereses particulares y generales. Este tratamiento paradójico de la virtud, se puede deber a que Mill no se preocupó por clarificar los conceptos de interés y utilidad. En la tradición clásica, se distinguió entre el interés por el bien material y, en general, mundano y el interés por el bien moral, entendido como el perfeccionamiento del individuo en cuanto hombre. En el primer caso, cabe hablar de utilidad o de bien útil: ordenar un medio a un fin material, en el segundo no hay un bien útil, no hay un bien para, sino bien en cuanto tal un bien en sí. Según esta distinción, es claro que la virtud no es un bien útil: no se ordena con el fin de enriquecerse o conseguir el poder. Y, por eso, la virtud no le interesa (interés en el primero de los sentidos) a quien su única preocupación sea enriquecerse o conseguir el

máximo de placer físico. La virtud, por el contrario, es un bien en sí que interesa máximamente en él (segundo sentido de interés) a quien quiera perfeccionarse como persona racional, a quien quiera ser auténticamente bueno” (Palas, 2009, p. 54).

Es claro que Mill parte de una concepción de naturaleza humana vinculada a un ideal de vida buena que fundamenta el desarrollo de la personalidad y el desarrollo de la sociedad en general, que él entiende como “mayoría” y que guarda estrecha relación con el concepto de humanidad kantiano y me podría aventurar a decir que se aproxima al concepto de humanidad marxista (el hombre como ser genérico).

En síntesis, Mill agrega a la consideración *benthamiana* de la felicidad la idea de una naturaleza virtuosa, desestima la consideración que éste tiene del hombre, el cual no lo concibe como un ser original; no tiene, como dice Isaiah Berlin, comprensión imaginativa de la historia, la sociedad o la psicología individual; tampoco capta qué es lo que hace –o debe hacer– permanecer unida a la sociedad: ideales comunes, lealtades, carácter racional; no entiende de honor, dignidad, culto de sí mismo, etc. (Berlin, 1988, p. 290). Estos valores hacen parte del concepto de hombre que Mill aspira que sea interiorizado por los hombres con el auspicio de los más capacitados, lo que permitirá que en cierto momento esa mayoría de los más haga oír su voz con relación a lo que el hombre debe querer en su vida personal como en su vida colectiva:

Considero inapelable ese veredicto emitido por los únicos jueces competentes. En relación con la cuestión de cuál de los dos placeres es el más valioso, o cuál de dos modos de existencia es el más grande para nuestros sentimientos, al margen de sus cualidades morales o sus consecuencias, el juicio de los que están cualificados por el conocimiento de ambos o, en caso de que difieran, el de la mayoría de ellos, debe ser admitido como definitivo. Es preciso que no haya dudas en aceptar ese

juicio respecto a la calidad de los placeres, ya que no contamos con otro tribunal, ni siquiera en relación con la cuestión de la cantidad. ¿Qué medio hay para determinar cuál es el más agudo de dos dolores, la más intensa de dos sensaciones placenteras, excepto el sufragio universal de aquellos que están familiarizados con ambos? ¿Con qué contamos para decidir si vale la pena perseguir un determinado placer a costa de un dolor particular a no ser los sentimientos y juicio de quien los experimenta? (Mill, 1984, p. 52).

Mill (1987) exigirá para la felicidad del hombre y para su acertado desarrollo individual un placer altamente cualificado que le permita reafirmar su condición racional y establecer que los placeres inferiores no pueden generar en el hombre una vida plenamente satisfecha. A este respecto son ilustrativas sus palabras cuando dice:

Un ser de facultades más elevadas necesita más para ser feliz; probablemente es capaz de sufrir más agudamente; y, con toda seguridad, ofrece más puntos de acceso al sufrimiento que uno de tipo inferior; pero, a pesar de estas desventajas, nunca puede desear verdaderamente hundirse en lo que él considera un grado inferior de la existencia. Podremos dar la explicación que queramos de esta repugnancia; podremos atribuirla al orgullo, nombre que se aplica sin discernimiento alguno a los sentimientos más estimables y a algunos de los menos estimables de que es capaz la humanidad; podremos reducirla al amor de la libertad e independencia personal... pero su denominación más apropiada es el sentido de la dignidad, el cual es poseído, en una u otra forma, por todos los seres humanos, aunque no en exacta proporción con sus facultades más elevadas, y constituye una parte tan esencial de la felicidad de aquellos en quienes es fuerte, que nada que choque con él puede ser deseado por ellos, excepto momentáneamente. Todo el que supone que esta preferencia lleva consigo un sacrificio de la felicidad –que el ser superior, en circunstancias proporcionalmente iguales, no es más feliz que el inferior– confunde las ideas bien distintas de felicidad y satisfacción. Es indiscutible que los seres, cuya capacidad de gozar es

baja, tienen mayores probabilidades de satisfacerla totalmente; y un ser dotado superiormente siempre sentirá que, tal como está constituido el mundo, toda la felicidad será imperfecta. Pero puede aprender a soportar sus imperfecciones, si son de algún modo soportables. Y éstas no le harán envidiar al que es inconsciente de ellas, a no ser que tampoco perciba el bien al cual afean dichas imperfecciones. Es mejor ser un hombre insatisfecho que un cerdo satisfecho, es mejor ser Sócrates insatisfecho que un loco satisfecho (p. 141).

Y más adelante ha dicho:

Por debilidad de carácter, los hombres se deciden a menudo por el bien más próximo, aunque saben que es menos valioso; y esto tanto cuando la elección se hace entre dos placeres corporales, como cuando se hace entre lo corporal y espiritual. Buscan el halago sensual que perjudica a la salud, aunque saben perfectamente que la salud es un bien mayor. Podría objetarse a esto que muchos que se entregan con entusiasmo juvenil a todo lo que es noble, conforme avanzan los años se hunden en la indolencia y el egoísmo. Pero no creo que quienes merecen esta acusación tan común escojan voluntariamente los placeres inferiores con preferencia a los superiores. Creo que antes de dedicarse exclusivamente a los unos, se han incapacitado ya para los otros. La capacidad para los sentimientos más nobles es en muchas naturalezas una planta muy tierna que muere con facilidad, no sólo por las influencias hostiles, sino por la mera falta de alimentos. En la mayoría de las personas jóvenes muere prontamente, si las ocupaciones a las que lleva su posición o el medio social en que se encuentran no son favorables al ejercicio de sus facultades. Los hombres pierden sus aspiraciones elevadas como pierden su agudeza intelectual, porque no tienen tiempo ni oportunidad para favorecerlas. Se adhieren a los placeres inferiores, no porque los prefieran deliberadamente, sino porque son los únicos a los que tienen acceso, a los únicos de que pueden gozar deliberadamente. Podría preguntarse si alguno que haya

permanecido igualmente próximo a ambas clases de placer, ha preferido serena y conscientemente al inferior (p. 144).

Las anteriores consideraciones que en torno a la virtud hace Mill, además de distanciarlo de Hobbes y de Bentham, nos permiten fundamentar que el desarrollo individual no puede excluir bajo ningún punto de vista a la virtud, la doctrina utilitaria mantiene que no solamente es menester desear la virtud sino también que es necesario desearla con desinterés, como una cosa deseable en sí misma (p. 165). Esta consideración, según la cual la virtud es deseable por sí misma, es decir, como un fin último, expande las fronteras del utilitarismo al colocarlo más allá de una visión pragmática de la existencia en el sentido de que lo útil es aquella cualidad de las cosas que nos permite acentuar en nosotros el máximo goce posible, pero la asociación de la virtud desplaza el simple goce como la razón de ser de la existencia y lo ubica en el plano de la felicidad, ya no entendido como goce, sino como satisfacción virtuosa (plenitud). Lo que significa una modificación en el sentido del placer. Este placer está asociado más a la satisfacción de buscar una respuesta a la existencia que al mero bienestar corporal y, a entender que el placer es una palabra que adquiere diversos sentidos cuando se trata de intentar desentrañar el sentido último de la vida, pues no en vano se busca la virtud (ésta tiene como objetivo la realización de nuestra personalidad).⁴⁵

⁴⁵ Cada hombre tiene, desde esta perspectiva, una vida por hacer que será evaluada en cierto momento con base en aquello que representa un valor supremo para existir, en otras palabras, desde la perspectiva en que Mill concibe el desarrollo de la individualidad, la felicidad sólo será medible en relación con el cumplimiento de la labor que con relación al desarrollo de las facultades haya el individuo frente a sí mismo alcanzado, y sus metas deben haber sido cumplidas en relación con el desafío que frente a sí mismo el mismo individuo representa y entre ellas la más representativa es el desarrollo del carácter.

Vivir una vida significa llenar el tiempo que se extiende entre el nacimiento (o, en todo caso, entre la edad adulta) y la muerte con una red de intentos y logros susceptible de ser evaluada retrospectivamente de manera total o parcial, en términos de éxito o fracaso. Y la dimensión de la vida incluye tanto el grado en que una persona ha creado y experimentado cosas –como relaciones, obras de arte e instituciones– significativas desde un punto de vista objetivo, como el grado en que ha cumplido con los proyectos que se propuso (proyectos que, en parte, se definen a partir de sus identificaciones). Una vida ha transcurrido bien si la persona ha hecho por los otros la mayor parte de lo que debía hacer por ellos (y, por ende, ha alcanzado el éxito desde el punto de vista moral) y ha logrado crear cosas significativas y que satisfagan sus ambiciones (y, por ende, ha alcanzado el éxito desde un punto de vista ético) (Kwame, 2007, p. 245).

Conclusiones

En conformidad con lo dicho, dar un sentido virtuoso a la vida, tener un propósito loable son los parámetros en los que Mill cifra el desarrollo de la personalidad; ser “soberano” tal como él lo entiende constituye una categoría que se enmarca en una esfera de la individualidad que está orientada a una labor específica por la búsqueda racional, que con relación a sí mismo el hombre espera: su autodesarrollo.

Mill no habla de la satisfacción del deseo y, no es el deseo o el capricho la piedra angular en la que cifra la posibilidad del progreso. El hombre no es pulsión, ambición o capricho; es expectativa, posibilidad, proyecto, se fundamenta más en el hombre como potencia racional que en el hombre como deseo. El sentido de la existencia es pues lo que justifica que Mill quiera que el hombre desarrolle sus facultades más altas.

Puedo a manera de conclusión establecer que la presencia del concepto de virtud en Mill pone en duda la visión ortodoxa del utilitarismo porque ella se centra en un utilitarismo “sin alma”, descarnado y frío que Mill nunca concibió, y es precisamente este componente moral del utilitarismo en su concepción del hombre una de las más importantes razones por las cuales Mill puede ser tenido, a diferencia de Hobbes, como uno de los autores en los que es posible fundar el libre desarrollo de la personalidad, pero como personalidad virtuosa, reflexiva, crítica, original. Para esclarecer esto, podríamos recordar que:

La vida sería una cosa pobre muy desprovista de manantiales de dicha, si no existiese esa ley de la naturaleza, gracias a la cual, cosas originariamente indiferentes, pero que tienden a la satisfacción de nuestros deseos primitivos o que están allí asociadas de otra manera, llegan a ser en sí mismas manantiales de placer, más preciosas que los placeres primitivos por su estabilidad, por el espacio de la existencia humana, que son capaces de envolver, y hasta por su intensidad. La virtud es un bien de este género. Originariamente no habría otra razón para desearla o practicarla, más que su tendencia a producir el placer y sobre todo, a ponerla abrigo del dolor. Pero gracias a esta asociación, la virtud puede ser mirada como un bien en sí misma y puede ser tan vivamente deseada como cualquier otro bien (Mill, 1984, p. 60).

Quiero hacer énfasis en que para Mill su concepto de naturaleza humana está relacionado con la auto-dirección racional de la que debe ser objeto el hombre frente a la construcción de su destino, una especie de libertad del querer en la que la fuente de la determinación procede de lo más profundo de su visión de la vida buena y no de sus pasiones y, apunta al desarrollo más alto de sus capacidades intelectuales a través de una categoría que no hace parte de la concepción antropológica de Hobbes, pero si juega un papel crucial en el desarrollo de la personalidad en Mill, para quien la libertad negativa, entendida como el espacio mínimo que

se le debe garantizar a todo hombre para que haga y sea lo que quiera ser y hacer, sólo es una condición para la realización de un concepto de libertad más alto en el que Mill cifra la posibilidad del progreso, ese concepto es el concepto de libertad entendido como autonomía, (Papacchini, 2001, p. 83) como ya hemos tenido oportunidad de referirlo.

Mill proclama el despliegue de la naturaleza humana en sus diversos matices porque el hombre tiende como ciertos árboles a expandir sus ramas hacia la parte más elevada de los cielos y los intentos por amoldarlo en una forma particular de vida reducen el esplendor y, sobre todo, la grandeza que en condiciones de libertad les es dado a los seres humanos alcanzar. Acepta la contradicción porque fortalece las convicciones de los hombres, así como el viento fortalece las raíces de los árboles que crecen en la parte más elevada de las montañas. Las teorías –dice– se hacen más grandes cuando se requiere afinar los argumentos para defenderlas de sus opositores. Los obstáculos son, pues, los catalizadores del progreso y el combustible que le permite al hombre alzarse como ser humano ante la historia.

Virtud y libre desarrollo de la personalidad en John Stuart Mill.

Referencias Bibliográficas

Aristóteles (2000). *Ética Nicomaquea*, Libros 1 y 2. Madrid: Gredos.

Berlin, I. (1988). *Cuatro ensayos sobre la libertad*. Madrid: Alianza Editorial.

Guariglia, O. (1968). *Moralidad, Ética universalista y sujeto moral*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Guisán, E. (1984). “Introducción”. En: *El utilitarismo de J. S. Mill*, Barcelona: Altaya.

Guisán, E. (1992). “El utilitarismo”. En: *Historia de la Ética*, vol. 2. Camps, V ed. Barcelona: Crítica.

Guisán, E. (1995). *Introducción a la Ética*, Madrid: Cátedra.

Hadibi, D. (1998). “J. S. Mill’s revisionist utilitarianism”. En: *British Journal for The History of Philosophy* (BJHP), 6 (1).

Hobbes, T. (1982). *El leviatán*. México: Fondo de Cultura Económica.

Kwame, A. (2007). *La ética de la identidad*, Buenos Aires: Katz.

Mill, J. S. (1917). *Sistema de lógica inductiva y deductiva*. Madrid: Daniel Jarro.

Mill, J. S. (1965). *Del gobierno Representativo*, España: Tecnos.

Mill, J. S. (1979). *Sobre la libertad*, Madrid: Alianza Editorial, 1979.

- Mill, J. S. (1984). *El utilitarismo, un sistema de lógica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Mill, J. S. (1986). *Autobiografía*, Madrid: Alianza Editorial.
- Mill, J. S. (1986). *La utilidad de la religión*. Madrid: Alianza editorial.
- Mill, J. S. (1987). *El Utilitarismo*. España, Orbis.
- Mill, J. S. (2004). Contenido y alcance de la educación liberal en *Revista de economía institucional* Vol.6 No. 11, Universidad Externado de Colombia.
- Palas, C. (2007). La relación entre felicidad y virtud en John Stuart Mill en *Revista Actio* No. 9, noviembre.
- Papacchini, A. (1997), *Los derechos humanos, un desafío a la violencia*, México, Altamir.
- Papacchini, A. (2001). *Derecho a la vida*, Cali: Universidad del Valle.
- Papacchini, A. (2003). *Filosofía y derechos humanos*, Cali: Universidad del Valle.
- Papacchini, A. (2005). “Derecho a la vida y Eutanasia”. En: *Revista Pensamiento jurídico* No. 9.
- Quintero, D. P. (2003). *El Estado social de derecho, una cuestión moral*. Tesis de maestría en filosofía, Universidad del Valle.



SOBRE LOS AUTORES

About the Authors

Luis Armando Muñoz Joven

<https://orcid.org/0000-0001-5084-5069>

luis.munoz03@usc.edu.co

Universidad Santiago de Cali

Doctor en Humanidades, magíster en Filosofía (líneas lenguaje y mente), especialista en Pensamiento Político Contemporáneo, comunicador social.

José Carlos Rodrigo Herrera

<https://orcid.org/0000-0002-5400-0343>

jose.rodrigo00@usc.edu.co

Universidad Santiago de Cali

Doctorado por la Universidad de Málaga (España), máster en Patrimonio por la Facultad de Teología de Granada (España), DEA (máster) en Comunicación por la Universidad de Málaga, grado en Historia del Arte por la Universidad de Granada.

Yovany Ospina Nieto

<https://orcid.org/0000-0001-6578-3403>

yovanyospina00@usc.edu.co

Universidad Santiago de Cali

Estudios de Doctorado en Educación en la Universidad Internacional Iberoamericana, UNINI - (FUNIBER), magíster en Educación y Desarrollo Humano de la Universidad de San Buenaventura Cali, y licenciatura en Filosofía y Ciencias Religiosas en la Fundación Católica Lumen Gentium.

Carlos Alberto Jaramillo Rojas 

<https://orcid.org/0000-0002-7508-3125>

carlosjaro@hotmail.com

Universidad Libre

Doctor en Derecho (Universidad Externado de Colombia), magíster en Filosofía y especialista en Pensamiento Político Contemporáneo (Universidad del Valle), filósofo (Universidad del Valle) y abogado (Universidad de San Buenaventura), profesor titular Universidad Libre.



PARES EVALUADORES

Peer Evaluators

Julián Tamayo 

Investigador Asociado (I)

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-7243-3401>

Institución Universitaria Colegios de Colombia

Ana Isabel García Muñoz 

Investigador Junior (IJ)

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-4455-4534>

Universidad de Boyacá

Centro de investigación de la Cultura física (CICFI), de la Escuela Militar de Cadetes General José María Córdova.

Marcela America Roa 

Investigador Asociado (I)

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-1481-211X>

Universidad de Boyacá

Jean Jader Orejarena 

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0401-3143>

Universidad Autónoma de de Puebla, México

Mildred Alexandra Vianchá Pinzón 

Investigador Asociado (I)

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-9438-8955>

Corporación Universitaria Minuto de Dios

Alexander Luna Nieto 

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-9297-8043>

Fundación Universitaria de Popayán

David Leonardo Quitián Roldán 

Investigador Junior (IJ)

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-2099-886X>

Uniminuto, Villavicencio.

Jairo Vladimir Llano Franco 

Investigador Senior (IS)

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-4018-5412>

Universidad Libre de Colombia Seccional Cali

Kevin Alexis García 

Investigador Asociado (I)

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-8412-9156>

Universidad del Valle

Clara Viviana Banguero Camacho 

Investigador Junior (IJ)

Orcid: <https://Orcid.org/0000-0002-4518-6799>

Universidad Libre

Ricardo Tapía 

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-2750-1828>

Evaluador Internacional

Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México y
Coordinador Editorial de El Colegio de Morelos, México.

Clara Mercedes Blanco Ospina 

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-8640-8175>

Unicatólica

Distribución y Comercialización /

Distribution and Marketing

Universidad Santiago de Cali

Publicaciones / Editorial USC

Bloque 7 - Piso 5

Calle 5 No. 62 - 00

Tel: (57+) (2+) 518 3000

Ext. 323 - 324 - 414

✉ editor@usc.edu.co

✉ publica@usc.edu.co

Cali, Valle del Cauca

Colombia

Diagramación / Design & Layout by:

Diana María Mosquera Taramuel

diditaramuel@hotmail.com

diagramacioneditorialusc@usc.edu.co

Cel. 3217563893

Este libro fue diagramado utilizando fuentes tipográficas Calisto MT en sus respectivas variaciones a 11 puntos en el contenido y para los títulos de 9 a 14 puntos.

Impreso en el mes de abril de 2020,
se imprimieron 100 ejemplares en los
Talleres de SAMAVA EDICIONES E.U.

Popayán - Colombia

Tel: (57+) (2) 8235737

2020

Fue publicado por la Facultad de
Comunicación y Publicidad de la
Universidad Santiago de Cali.

La ética se relaciona con formas derivadas de comprensión del comportamiento humano. Los estudios en humanidades necesitan ampliar los conocimientos de la eticidad y la moralidad, contra sendas barreras de algunas ciencias que subestiman la importancia y el valor universitario en la formación profesional. Y estos espacios de publicación del conocimiento son una oportunidad para demostrarlo. Quizá la importancia, en la que radica esta publicación, está en insistir en la necesidad del pensamiento ético y moral dentro de los programas y cursos universitarios. Ya bastante es conocido el problema en el que se involucran los profesionales al no cuestionar ¿qué deben hacer y cómo deben comportarse? Que, en consecuencia, no sólo exige el conocimiento de la deontología, sino de la cuestión ontológica que deriva en un constante devenir a través de los cambios tecnológicos, culturales y sociales que se presentan como preguntas para los docentes de humanidades, y en especial quienes adelantan sus pesquisas en el área de la ética.

